

TODAMÉRICA

Año IV.

Diciembre, 1931

Núm. 19

“Yo no Estoy Contento”

Por Alberto BRUM.

Tiempo de lectura: 5 minutos.

UN muchacho de veinte años que vive aquí en la Habana, analizando su vida, me dijo:

—Yo no estoy contento.

No era que no estuviera contento cuando me hablaba. No estaba contento con la trama, el cañamazo de la vida.

El muchacho está trabajando. Gana más de cien pesos al mes. Tiene mediana ilustración. Lee novelas. Va al cine. Juega a los dados en el café. Frecuenta la playa. Se duerme bien. Se alimenta bien. Viste bien.

Y no está contento con la vida.

Si este muchacho no tuviera ninguna ilustración, si fuera un analfabeto, o si tuviera la mentalidad de mi perro, estaría feliz con la vida.

¿Por qué está descontento? Su propia inteligencia y su propia incipiente ilustración lo privan del goce natural de la vida.

¿Quiere esto decir que cuanto más nos alejamos de la animalidad más nos acercamos al infortunio? En cierta manera, sí. Si el hombre fuera sólo capaz de sentir los apetitos materiales de la vida meramente animal, todo lo que necesitaría para su felicidad sería lo que necesita un perro, un águila, un tigre o una foca.

Pero el hombre tiene apetitos mentales que debe satisfacer. La civilización, en su avance, va aumentando estos apetitos. Es más civilizado, más evolucionado por lo menos, el pueblo que tiene más necesidades, más apetitos, más ansias, más ambiciones.

—Yo no quiero nada — puede decir un anacoreta que se vaya a vivir de hierbas en la gruta de una montaña. —Yo no necesito nada. Dios me da en el bosque, como a los paparillos, el pan de cada día.

Ese hombre puede rezar desde el alba hasta la noche, proteger su espíritu de todo pecado, de toda ira, de toda ambición. Pero las puertas del cielo humano, del templo de la fama, estarán aglomeradas con hombres de ambición, como Edison y Lindbergh, como Pasteur y Bleriot, como Goethe y Einstein, como Watt y Shakespeare, como Murillo y Miguel Ángel, como Euclides y Platón, como Mozart y Beethoven. No habrá trecho para que el anacoreta pueda pasar.

—Y tú, — le preguntará el San Pedro del Templo de la Gloria, — ¿qué has hecho?

—Nada — tendrá que decir el anacoreta. Está en el mismo plano que los fósiles de los animales prediluvianos y las rocas silenciosas de los valles profundos.

Por eso oigo con placer lo que me dice el muchacho:

“Yo no estoy contento con la vida”.

Lejos de mí predicarle una filosofía de resignación, de mansedumbre. Lejos de mí querer matar sus ansias por una vida más feliz.

Bueno es que no esté contento con su vida, bueno es que no sea feliz. Pero ¿habrá que condenarlo a una vida de martirio eterno? ¿Nada se le puede aconsejar para que ponga placer en su vida?

¡Mira! Son los juegos olímpicos. Se está corriendo la carrera de Maratón. ¿Ves a ese muchachote, de piernas ágiles como las de una gamuza? Iba tercero en la carrera. ¿Ves cómo corre? Ahora va segundo. ¿Ves cómo suda? Perdió un poco de terreno. Pasó a tercero otra vez. ¿Lo sientes jadear? Volvió a pasar a segundo. Parece un relámpago. No se ven casi sus piernas. Se diría que va a caer rendido, que va a ser un montón en que tropiecen los que van tras de él. Nada le importa la vida. Lo que quiere es ganar. ¡Mira! Ya pasó. Va el primero. Se acerca a la meta. Va a ganar.

¿Es feliz ese muchacho en ese momento? Por ningún otro placer cambiaría el placer de ganar. No lo puedes detener en su carrera, aunque le ofrezcas manjares de Dioses, la sonrisa de una Venus, la fortuna de un Cresos, el imperio de un pueblo.

Ganó la carrera. Pasan días, pasan semanas, meses, años. Está cargado de medallas. ¿Es feliz? No, si no ha vuelto a la lucha, si no va tras de un nuevo triunfo. Se diría que Lindbergh llenó la copa de la felicidad cuando atravesó el Atlántico. Pero después sintió la necesidad de atravesar el Pacífico.

¿Cuál es la clave de la felicidad para el hombre no mediocre? Estar siempre en la pista de Maratón. Ir siempre tras un propósito, siempre tras una meta lejana.

No importa cuál sea esa meta, si es útil, digna, decorosa. Primero, como preparación para la vida, y después, y siempre en forma constante, para robustecer esa preparación, el estudio. El que, en un ramo determinado cualquiera, va adquiriendo cada nuevo día mayores conocimientos, tiene que encontrar su felicidad en la persecución y alcance de su triunfo cotidiano.

No importa cuál sea el ramo de tu predilección. En él hay mucho que hacer que no se ha hecho antes. Artista o escritor, comerciante o industrial, arquitecto o médico, mecánico o albañil, poeta o estadista, no importa qué seas. Tu felicidad está en tratar de hacer hoy bien lo que ayer hiciste mal y en hacer mañana mejor lo que hoy hiciste bien.